

**Yuval Noah Harari: *21 lecciones para el siglo XXI.***  
**O de la perplejidad del *Homo sapiens.***

---

Equipo de Redacción

---

*Apuntes Filosóficos*

---



**apuntes**  
**filosóficos**

Vol. 29 No. 57

---

## **Yuval Noah Harari: 21 lecciones para el siglo XXI. O de la perplejidad del *Homo sapiens***

Equipo de redacción de Apuntes Filosóficos

*21 lecciones para el siglo XXI* es el libro que cierra la trilogía del historiador israelí Yuval Noah Harari: una de las actuales estrellas (y *bestseller*) de la divulgación científica. En él, al autor se propone evaluar cuáles (y de qué tipo) son las fuerzas que predominantemente actúan sobre la sociedad actual, y cuál es el futuro inmediato que podrían generar.

Dividido en cinco partes temáticas, el texto es producto de una serie de revisiones críticas a antiguos estudios suyos. Los primeros dos capítulos están destinados a la evaluación de los retos que la tecnología presenta a la sociedad (y a sus sistemas políticos), al tiempo que indaga sobre posibles soluciones que surjan de los mismos sistemas que hoy generan el problema. La tercera parte explora otras posibles respuestas al desafío tecnológico y las ventajas que se podrían obtener si se hace un buen uso de la tecnología. El cuarto capítulo está dedicado al desconcierto de la identidad y el sentido, bajo la amenaza de la posverdad. Finalmente, el quinto apartado recupera la discusión y ofrece un abordaje global de los problemas tratados en el libro y muestra cómo se imbrican mutuamente sus posibles soluciones.

Si bien, en palabras del autor, este libro persigue un objetivo global (consistente en dar cuenta de los cambios políticos y tecnológicos a los que se enfrenta el *Homo sapiens*), no descuida la vertiente personal: cada sujeto encara, individualmente, el fluir de las necesidades cotidianas, la pérdida de su sustrato narrativo y la desconfianza hacia los discursos políticos.

Sobre esta base, el estudio de Harari se articula en dos vertientes: por un lado, la incertidumbre causada por la crisis del relato liberal (como modelo político de organización social) y, por el otro, los retos que suponen para el sujeto contemporáneo, los desarrollos biotecnológicos y la Inteligencia Artificial (IA). Estas dos fuentes de malestar interactúan entre sí y pueden encontrar terrenos comunes. Así, la falta de confianza en la promesa liberal viene reforzada por el desafío que representa el robustecimiento de la IA, en un momento en el que el sujeto contemporáneo se encuentra desorientado, en especial por la incertidumbre con respecto a los actuales modelos políticos.

Ambas dimensiones conducen a lo que podría ser visto como la preocupación fundamental de Harari: tanto el desconcierto tecnológico como el desconcierto político exigen que el sujeto contemporáneo se haga responsable de sí mismo. El individuo se encuentra

desprovisto de cualquier tipo de defensa psicológica para la vertiginosidad de los tiempos que atraviesa, pero eso no lo exime de hacerse cargo de sí mismo, del contexto en el cual habita y, sobre todo, de los desarrollos que la especie humana ha impulsado. Entonces, el llamado es doble: por un lado, en su dimensión personal, el sujeto debe poder dar cuenta de sí mismo como ser autónomo y no excusarse en las dificultades de los tiempos que atraviesa; por el otro, el *Homo sapiens* tiene que responsabilizarse por su historia, sus creaciones y sus pretensiones.

Finalmente, en una nota aparte, Harari traza lo que, a su parecer, es el camino de los filósofos en el siglo XXI. Los pensadores se hallan, en cierta medida, expulsados de cualquier papel protagónico: no están a la cabeza de las fuerzas que están definiendo nuestra época. De hecho, su rol en la sociedad parece amenazado por la velocidad de procesamiento de las máquinas (que es mucho mayor a la de cualquier cerebro humano). Sin embargo, esto no significa que el filósofo haya caído en la irrelevancia. Por el contrario, es su trabajo alertar sobre el posible destino moral y político al que se enfrentan, tanto la especie como los individuos. Su trabajo es el de «hacer saltar las alarmas» y advertir sobre el futuro que se nos podría avecinar.

Como dramáticamente señala Harari: este podría ser un trabajo para Sísifo. Ya que, para poder dar sentido a las cosas que pueblan nuestro mundo, el filósofo debe ser paciente: allí donde los ingenieros son veloces en cambiarlas.

### **¿Será el liberalismo un ave fénix?**

Harari dedica gran parte de su libro a reconstruir la historia de los relatos políticos que nacieron a mediados del siglo pasado y que pretendieron modelar el futuro de la sociedad. Por un lado, se ubica al relato fascista (derrotado y desvanecido tras la II Guerra Mundial). Por el otro, está el relato comunista, que se erigió como alternativa para el expolio de las personas en las sociedades industrializadas, pero que, sin embargo, cayó en descrédito por sus nefastas consecuencias económicas, su tendencia a posicionar dictadores y su exigencia de que los individuos abandonaran sus propios intereses en favor de los intereses comunitarios.

De la encarnizada lucha ideológica, fue el relato liberal el que sobrevivió y el que se refrendó como el modelo más aceptable para configurar el genuino relato político. Este relato consistía en buscar las raíces de los derechos inalienables de las personas: los cuales le

conferían a cada individuo un nuevo relieve. Así, se asentó la idea de que la medida de la libertad política y económica era la medida de la prosperidad personal.

Para Harari, el triunfo del liberalismo viene dado principalmente por su flexibilidad y adaptabilidad: actualizándose en cada contexto e incorporando nuevos elementos (antes faltantes), a partir de sus sucesivas crisis. Así, el liberalismo se optimizaba sin alterar su esencia.

Entonces, ¿qué es lo que ha causado la actual crisis del liberalismo y su consecuente pérdida de confianza? El autor explica que la vertiginosidad de los desarrollos tecnológicos, la Inteligencia Artificial y los avances biotecnológicos, han puesto en cuestión la propia idea de individuos relevantes (en todos los contextos de la vida humana). Cuando se plantea la posibilidad de la automatización radical del trabajo, la modificación genética intrauterina y la sustitución de las relaciones personales por «redes sociales» e «inteligencias» artificiales, entonces la confianza en el relato que posiciona al individuo como irremplazable e inalienable se desdibuja (por inexacto o, lo que es aún peor: por ser «falso»). La pregunta que surge, entonces, es la de si el relato liberal podrá dar respuesta a la sociedad venidera, en la que las personas ya no se ven como fundamentales para el desarrollo social.

[...] la globalización, en vez de generar la unidad global, podría llevar a una «especiación»: la división de la humanidad en diferentes castas biológicas o incluso diferentes especies. La globalización unirá al mundo horizontalmente al borrar las fronteras nacionales, pero de manera simultánea dividirá a la humanidad verticalmente. Las oligarquías dominantes en países tan diversos como Estados Unidos y Rusia podrían fusionarse y hacer causa común contra la masa de *sapiens* ordinarios.

Existe la posibilidad de que renazcan los antiguos relatos, y de que así veamos el surgimiento de dictaduras tecnológicas que garanticen el lugar de las personas como engranajes de una maquinaria, o la reanimación del relato comunista, que se centre en las clases sociales que serán reemplazadas por la automatización de los trabajos. Ambos escenarios parecen improbables: los fascistas, seguramente, no aboguen por el bienestar de los sujetos, y los comunistas no podrán hacer la revolución de los trabajadores cuando, en realidad, no hay trabajadores, sino un conjunto de individuos que ya no están desprovistos de poder sino de relevancia. Lo peor, dice Harari, no es estar sometido por las fuerzas sociales, sino ser del todo irrelevante para la sociedad.

La otra posibilidad es que el relato liberal se modifique a sí mismo: haciendo gala de su elasticidad ante una nueva crisis. De cara a los retos de la automatización y la biotecnología, el liberalismo deberá adaptarse con prontitud para evaluar cuáles serán las respuestas

pertinentes que satisfagan, a un mismo tiempo, el desarrollo tecnológico y el cuidado de las personas.

Si podrá hacerlo o no, estará por verse.

En todo caso, el autor cita intentos importantes que se han generado en pro de esta meta. Proyectos relacionados a la legislación de la IA y la biotecnología, con miras a establecer límites morales para su desarrollo. La evaluación de medidas económicas, como un salario mínimo universal, que garantice que las personas, sin trabajo, puedan gozar de una vida dignificada. Incluso la ralentización del desarrollo: con la intención de abrir un espacio de tiempo para la reflexión, la interpretación y los reajustes sociales.

La duda, no obstante, persiste: ¿quién se encargará de pagar un salario universal?, ¿qué trabajos deben ser redefinidos?, ¿cómo garantizar que las personas menos educadas puedan marchar al mismo ritmo de una sociedad que demanda la pericia digital y tecnológica?, ¿qué tanto se puede sacrificar el desarrollo biotecnológico y tecnológico (que puede redundar en la cura de enfermedades y el tratamiento de personas con extremas dolencias) sin que el cálculo final sea inmoral?

### **¿Soñarán las personas con ovejas eléctricas?**

Harari no dejará de insistir, en que el desarrollo biotecnológico puede introducir diferencias verticales de clases, donde los más adinerados podrán gozar de cuerpos y capacidades mejoradas, y los más depauperados no podrán entrar en competencia alguna: mal equipados con su legado biológico natural.

Pero esta es solo una dimensión del problema que este tipo de desarrollo puede producir. El drama adquiere nuevo relieve cuando la distorsión causada por la biotecnología no se aplica a la sociedad como un todo sino a cada persona como sujeto individual. La IA y la tecnología neuronal abre la puerta a la predicción y la lectura de pensamientos, a la selección involuntaria y a la manipulación y regulación de preferencias. Todo esto lleva aparejado, diagnóstica Harari, la posibilidad de perder o devaluar la identidad personal: allí donde el sujeto no tiene la necesidad de reflexionar sobre sus elecciones, es guiado a través de cálculos probabilísticos sobre cuál será su siguiente acción y, allí donde sus preferencias no son el producto de la deliberación consciente sino de la estadística levantada por los dispositivos biotecnológicos, entonces, el espacio para el desarrollo personal queda acotado y determinado.

El ejemplo paradigmático utilizado por Harari es la música. A su parecer, tanto los compositores musicales como los consumidores de música se verán afectados en profundidad por los cambios venideros. El panorama hipotético, pero posible, está elaborado sobre la base de un algoritmo capaz de traducir las emociones, las conexiones sinápticas y la liberación de ciertos neurotransmisores, en aquellas notas que mejor se correspondan con esas reacciones. De tal suerte que, las sinfonías producidas digitalmente podrían penetrar más profundo, con mayor eficiencia y causar mayor impresión en las personas que las escuchen. Luego, este mismo algoritmo podría, sobre la base de estadísticas personales, elegir qué canciones queremos escuchar «en realidad», qué melodías se ajustan más al momento que vivimos y qué grado de aleatoriedad necesitamos para descubrir nuevas melodías.

Para Harari, la defensa de los clásicos musicales es vana: nada contraviene la posibilidad de que el algoritmo pueda formular piezas musicales que afecten a un enorme grupo de personas, lo cual haría de cada nueva tonada un «clásico moderno».

Esta misma visión se puede extender a las demás artes: las imágenes que queremos ver, las esculturas perfectas para nosotros, las historias que, sin saberlo, siempre quisimos escuchar. Para calcular el tamaño de la distorsión, Harari recuerda que el arte ha sido visto como el límite que tradicionalmente nos ha separado, como especie, de las máquinas. Estos posibles ejemplos reducen (o eliminan) esta brecha, y amenazan tanto la identidad de cada persona como agente autónomo como la propia autenticidad de la condición humana.